

Los militares argentinos y la consolidación de la identidad nacional desde la narrativa criollista

The Argentine military and the consolidation of national identity from the creole narrative

Matías Emiliano Casas

Universidad Nacional de Tres de Febrero / Université Paris Diderot – Paris 7 / CONICET, Argentina
matiasemiliano@hotmail.com

Resumen: El espacio castrense argentino evidenció, particularmente durante la década del treinta, una preocupación recurrente por definir el arquetipo del «ser nacional». Este artículo se propone analizar qué lugar le cupo a la figura del gaucho y a la tradición en las interpelaciones nacionalistas promovidas desde los sectores militares. Se focaliza en estudiar el entramado social articulado entre el personal de las Fuerzas Armadas y las asociaciones gauchescas que recuperaban –y revivificaban– las costumbres rurales como reservorio moral de la nacionalidad. Se considera que la intervención de los «militares tradicionalistas» constituyó un bastión para la consolidación del gaucho como símbolo de la argentinidad..

Palabras clave: *Fuerzas Armadas, militares, tradicionalistas, identidad nacional, gaucho.*

Abstract: The Argentine military space showed, particularly in the thirties, a recurrent concern to define the archetype of the «ser nacional» [national being]. This article analyzes what place was attributed to the gaucho and tradition from the nationalist rhetoric of the armed forces. It focuses on studying social relations between the military and members of the traditionalist associations. These groups were recovering the rural customs as moral reservoir of nationality. We believe that the interventions of the «traditional military» were a stronghold for the consolidation of the gaucho as a symbol of the Argentine.

Keywords: *Armed forces, Military, traditionalist, national identity, gaucho.*

Introducción.

El espacio castrense argentino evidenció, particularmente durante la década del treinta, una preocupación recurrente por definir el arquetipo del «ser nacional». Esa búsqueda se enmarcó en dos procesos que trascendían el ámbito militar. Por un lado, las conceptualizaciones para delimitar su definición encontraban antecedentes en años anteriores. Por

otro lado, la coyuntura internacional de la década del treinta, más el componente migrante de la población argentina, posibilitó la reproducción del discurso de «amenaza» y «urgencia» de cara a la conservación de la «argentinidad». El nacionalismo conservador que reaccionaba ante los contingentes migratorios identificaba a éstos con la proliferación de las ideas anarquistas, marxistas y socialistas.¹ Esas ideologías que promovían una ruptura del *statu quo* imperante también fueron rechazadas desde el sector militar. En efecto, la *Revista del Suboficial*—la publicación de mayor circulación entre los suboficiales del Ejército argentino—explicitaba el objetivo de su creación en 1919 en una crónica de su trayectoria histórica: «facilitar la preparación de los suboficiales y neutralizar las ideas anarquistas de la época».² La pretensión de refutar esas concepciones foráneas redundó en una continua apelación a la iconografía nacionalista y en los diversos intentos por cristalizar una representación del ser argentino.

La búsqueda de la revista era un signo más de los varios que testimoniaban en la época la intensa preocupación de los sectores nacionalistas argentinos. De acuerdo a la línea de investigación propuesta por Sandra McGee Deutsch, la coyuntura político-económica de finales de la década del diez permite explicar el surgimiento de grupos de ultraderecha que sentarán precedente para el tránsito hacia la conformación del heterogéneo campo nacionalista argentino de los años veinte.³ Deudores de distintas corrientes intelectuales como el nacionalismo integral francés de Charles Maurras, el hispanismo y el catolicismo, los escritores nacionalistas se nuclearon en torno a publicaciones como *La Voz Nacional* y *La Nueva República*. En cualquier caso, este grupo identificado como «nacionalistas» presentaba notorias divergencias internas. Incluso en la dinámica de sus publicaciones podían reconocerse disidencias entre, por ejemplo, los nacionalistas católicos y los que adoptaron las ideas de *L'Action Française*, filiación matizada luego de la condena del Vaticano a Charles Maurras. Como bien explica Enrique Zuleta Álvarez, el concepto nacionalismo conlleva imprecisiones y equívocos. En efecto, el autor se ocupa de distinguir distintos tipos de nacionalismos que clasifica como: cultural, político, doctrinario y republicano.⁴ Más adelante, Fernando Devoto sentará una nueva variable de diferenciación en su estudio sobre el nacionalismo restringido que se definía en oposición al sentido amplio asociado a la tradición liberal.⁵ Ese nacionalismo autoritario tuvo su pico de visibilidad en el contexto del golpe de Estado de 1930.

Como se señaló anteriormente, una preocupación continua de los nacionalistas argentinos radicaba en la preservación de la identidad nacional siempre «amenazada». Inmigrantes y

¹ Ver, entre otros, Cristian BUCHRUCKER: *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Fernando DEVOTO: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005; Lilia BERTONI: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

² *Revista del Suboficial*, enero de 1934, p. 137.

³ Sandra MCGEE DEUTSCH: «La derecha durante los primeros gobiernos radicales», en David ROCK et al. (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, México-Buenos Aires-Santiago de Chile, Javier Vergara Editor, 2001, pp. 73-107

⁴ Enrique ZULETA ÁLVAREZ: *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975.

⁵ Fernando DEVOTO: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo...*

«complots maximalistas» decretaban la prisa por consolidar una defensa de lo que se consideraba genuinamente nacional. En esa perspectiva, las relaciones entre los exponentes del nacionalismo argentino y la figura del gaucho y la tradición encontraban antecedentes desde los primeros años del siglo XX. La «primera generación nacionalista», en el contexto del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910, ya se había preocupado por analizar esa relación. Por ejemplo, Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* atacaba a los «antitradicionalistas» que se burlaban de los gauchos cuando se paseaban por la ciudad. En la crítica emergía la consideración de lo gauchesco como lo «netamente argentino» y se promovía su conservación y exaltación, siempre reconociendo la herencia española como rasgo distintivo de la ideología hispanista del autor.⁶ Ricardo Rojas, otro de los componentes de esa generación nacionalista, destacó la participación de los gauchos en las guerras de la Independencia. Las interpretaciones plasmadas en *Blasón de Plata* explican que los gauchos «conocían de patria y libertad por instinto» motivo suficiente para lanzarse al combate contra los ejércitos realistas.⁷ El reconocimiento del intelectual abonará la perspectiva de los militares tradicionalistas estudiados en este artículo. Así, la participación de los gauchos en las gestas bélicas resultará fundamental para la construcción de su figura como modelo de soldado. En cualquier caso, las reivindicaciones propuestas por Gálvez y por Rojas fueron intensificadas por Leopoldo Lugones quien habría encontrado en el poema *Martín Fierro* —que narra las desventuras de un gaucho perseguido y su posterior «rehabilitación»— al arquetipo del ser nacional. El escritor celebró la figura del gaucho y el carácter épico del poema citado en una serie de conferencias que brindó ante la oligarquía porteña en el teatro Odeón en 1913.⁸ De esta manera, los nacionalistas reinauguraban una cadena de usos de lo gauchesco que se incrementaría a partir de las intervenciones estatales durante la década del treinta.

El discurso criollista, que reconocía en el campo y sus habitantes el resguardo de la identidad nacional, motorizó una serie de representaciones y disputas. Desde el temprano surgimiento de la literatura gauchesca en la coyuntura de la emancipación de España, los lingüistas identificaron una particular funcionalidad de los poemas gauchescos —elaborados por escritores letrados— para fomentar la participación de los sectores subalternos rurales en las contiendas bélicas.⁹ Las funciones del criollismo hacia fines del siglo XIX y principios del XX fueron plasmadas en el clásico trabajo de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. En ese estudio, el autor reconoce que la recurrencia a lo campero constituía un recurso para distintos sectores de la sociedad: para los grupos dirigentes, que reafirmaban su legitimidad y al mismo tiempo rechazaban la presencia «inquietante» del extranjero; para los sectores po-

⁶ Manuel GÁLVEZ: *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, A. Moen, 1910, cit. en Fernando DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo...*, p. 54.

⁷ Ricardo ROJAS: *Blasón de plata*, Buenos Aires, M. García, 1912, pp. 130-131.

⁸ Las conferencias fueron recopiladas y publicadas tres años después, ver Leopoldo LUGONES: *El payador*, Buenos Aires, Otero y Co. Impresores, 1916.

⁹ Ver, entre otros, Josefina LUDMER: *El género gauchesco, un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Libros Perfil, 1988; Julio SCHVARTZMAN: *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013; Ángel RAMA: *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

pulares, que se insertaban en la vida citadina provenientes de la campaña como una expresión nostálgica ante el escenario urbano; y para los inmigrantes, que encontrarían en la imitación de lo criollo un dispositivo de asimilación.¹⁰ Como se verá aquí, las funciones del criollismo –entendido como expresiones que constituyen una «imagen singular del campesino y de su lengua»– no se agotaron en la década del veinte, cuando el autor finaliza su estudio.

El artículo publicado por Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, “Héroes patrióticos y gauchos rebeldes”, extiende el análisis sobre los consensos y disensos en torno a la recuperación de la tradición criollista hasta fines de la década del treinta, cuando se instituyó en la provincia de Buenos Aires el Día de la Tradición.¹¹ En el año 1939 se debatió el proyecto de ley que incorporó una nueva efeméride para la provincia. Precisamente, en ese trabajo se señala, de manera sucinta, la incipiente disputa por la figura del gaucho y la pervivencia de voces disidentes que tendían a desarticular lo que aparecía como una correspondencia ampliamente consensuada entre el gaucho y la argentinidad. De hecho, la labilidad para definir lo gauchesco se plasmó en diversas representaciones que adquirieron visibilidad en esa misma década.¹² De ese modo, desde distintos sectores militares se desarrolló una representación del gaucho como soldado al servicio de la patria que lo involucró en todas las contiendas bélicas destacadas por la historiografía tradicional, una construcción fue respaldada por los centros tradicionalistas y algunos discursos oficiales. Para elevar al gaucho como modelo de soldado se requería una ampliación en el sentido del vocablo con el fin de que pudiera aglutinar a quienes habían luchado por la patria en diversos contextos temporales y espaciales. No por nada, la pretensión de configurar a los gauchos como ejemplo de disciplina, entrenamiento militar y abnegación por la nación conllevó una serie de tensiones que se pusieron de relieve en minoritarias voces disidentes.

Este artículo se propone analizar qué lugar le cupo a la figura del gaucho y a la tradición en las interpelaciones nacionalistas promovidas desde el espacio militar. Al mismo tiempo, se concentra en estudiar el entramado social articulado entre el personal de las Fuerzas Armadas y las asociaciones gauchescas que recuperaban –y revivificaban– las costumbres rurales como reservorio moral de la nacionalidad. Se considera que la intervención de los «militares tradicionalistas» constituyó un bastión para la consolidación del gaucho como arquetipo de la argentinidad, de manera que, además de los atributos castrenses, su figura condensaría el conjunto de virtudes reclamadas para los militares argentinos, particularmente el patriotismo como sentimiento supremo. Para ello se focaliza el análisis en la década del treinta, años atravesados por la retórica nacionalista desde todas las dimensiones de la vida social argentina. También, se con-

¹⁰ Adolfo PRIETO: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.

¹¹ Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN: “Héroes patrióticos y gauchos rebeldes”, en Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN (eds.), *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Madrid-Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003.

¹² Matías Emiliano CASAS: “Representaciones y publicaciones sobre el gaucho argentino en la década del treinta. Entre la identidad nacional, el campo literario y las estrategias comerciales”, *Historia y Memoria*, 11 (2015), pp. 151-176.

templan las intervenciones de los militares tradicionalistas posteriores a ese período en tanto posibilitan constatar la pervivencia —y en algunos casos la profundización— de esas prácticas.

El nacionalismo en el Ejército argentino. Las experiencias políticas y las divisiones internas

El discurso de Leopoldo Lugones pronunciado en Lima en 1924, que anunciaba «la hora de la espada» manifestando la caducidad del sistema constitucional decimonónico y colocando la esperanza en el Ejército como «última posibilidad ante la disolución demagógica», se materializó en el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 que derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen, electo en 1928. El comienzo de esa década se caracterizó por una coyuntura marcada por la crisis económica, que resonó a nivel global a partir de octubre de 1929.¹³ En el aspecto económico, el quiebre de la bolsa de Wall Street implicó para la Argentina la caída de las exportaciones y el retroceso de las inversiones estadounidenses, procesos que generaron una intensa inflación, reducción de puestos de trabajo y bajas de salarios. En cierta medida, la derrota del partido gobernante en las elecciones parlamentarias de marzo de 1930 demostraba el descontento social en términos económicos. Los militares que tomaron el mando del Gobierno se abocaron, en esos primeros años, a «restituir el orden» intensificando la intervención social. Asimismo, la desarticulación de los sindicatos, la persecución y deportación de comunistas y anarquistas, que en algunos casos incluyó el fusilamiento, reavivaron la animadversión hacia los activistas extranjeros. A tal efecto, en los meses sucesivos al golpe se creó una Sección Especial de Lucha Contra el Comunismo en el seno de la Policía Federal. Además, en diferentes momentos de la década se aplicó la ley N° 4.144, conocida como la ley de Residencia, que había sido promulgada a comienzos del siglo y que permitía expulsar a extranjeros que perturbasen el orden público sin juicio previo.¹⁴ En ese contexto, la circulación del imaginario gauchesco como referencia a lo autóctono y lo “argentino” fue incrementando a lo largo del período.

Una perspectiva para pensar la relación entre el ámbito político y el Ejército marca en el golpe de 1930 el inicio de una era que lo ubica en un rol protagónico de las interrupciones democráticas y los gobiernos anticonstitucionales hasta 1983. Empero, como indica Luciano de Privitello, ese recorte resulta sesgado para analizar una relación más compleja que trascendió esas intervenciones. En efecto, según su lectura: «El golpe de 1930 fue mucho más un movi-

¹³ Con respecto al impacto de la crisis del treinta en Argentina, ver una síntesis en Juan Carlos KOROL, «La economía» en Alejandro CATTARUZZA (dir.): *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

¹⁴ Sobre la conflictividad social y las políticas de gobierno en respuesta a la crisis durante la década del treinta ver María Dolores BÉJAR: *Uriburu y Justo: el auge conservador (1930-1935)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983. Con respecto a las políticas migratorias ver un estudio analítico que, si bien abarca un período más extenso, reseña el incremento de obstáculos para la inmigración a raíz de la crisis económica, en Fernando DEVOTO: “El revés de la trama: políticas migratorias y prácticas administrativas en la Argentina (1919-1949)”, *Desarrollo económico*, 41:162 (2001), pp. 281-304.

miento civil encarado por la oposición a Yrigoyen y una escasa fracción de oficiales, que un golpe institucional del Ejército.»¹⁵

Al tiempo de analizar el desarrollo de las Fuerzas Armadas en los años treinta, otro de sus vínculos ineludibles se consolidó con las jerarquías de la Iglesia Católica. En 1927 se había hecho cargo de la vicaría castrense monseñor Santiago Copello, quien impulsó una dinámica actividad en la formación de los oficiales. Los jóvenes militares recibían, entonces, una cosmovisión adaptada a las posturas hegemónicas de la Iglesia en ese tiempo. De ese modo, la ideología católica difundida desde la vicaría se caracterizaba por ser integrista, corporativista y nacionalista. Esa perspectiva denominada “catolicismo integral” había surgido como respuesta a los procesos de secularización decimonónicos y tenía como fin cristianizar todos los ámbitos de la vida social.¹⁶

La articulación entre la Iglesia católica y las Fuerzas Armadas reforzó el discurso nacionalista que atravesaba múltiples dimensiones de la coyuntura argentina. Una clave para pensar el proceso de construcción de la identidad nacional en el ámbito castrense es estudiar la composición étnica de los jóvenes que se incorporaban al Ejército. En ese sentido, el clásico trabajo de Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, aporta elementos sobre los posibles motivos de integración a las fuerzas militares de los hijos de inmigrantes de clase media. Allí se destaca la educación nacionalista, a través del culto de los prohombres como José de San Martín y la evocación de los símbolos patrios, como uno de los factores de integración posible. Como indicaban los numerosos apellidos de origen inmigrante que se podían registrar a lo largo de la historia, la narrativa sobre los efectos negativos del cosmopolitismo tuvo su correlato en la formación de los cuadros jóvenes de oficiales y suboficiales. El mismo autor señala el cambio que se produjo en los registros discursivos de las Fuerzas Armadas a lo largo de la década del treinta, pasando de un «nacionalismo integrista» a un «nacionalismo popular».¹⁷

Al momento de analizar las estructuras del Ejército, a partir de los años treinta, es pertinente reconocer que no se hallaban exentas de contradicciones y divisiones internas. Si bien no es menester de este trabajo profundizar en las oposiciones intestinas, ya para los acontecimientos que terminaron con la presidencia radical se podían distinguir tres posturas divergentes. El propio derrocamiento de Yrigoyen visibilizó las tensiones entre los militares. Los mandos leales al presidente constituyeron la mayoría en el seno de las Fuerzas Armadas, sin embargo dos grupos expusieron propuestas de gobierno evidentemente contradictorias. El primero se con-

¹⁵ Luciano DE PRIVITELLI: “El Ejército entre el cambio de siglo y 1930: la burocratización y nuevo estilo político”, en Oscar MORENO (coord.), *La construcción de la nación argentina. El rol de las Fuerzas Armadas. Debates históricos en el marco del Bicentenario (1810-2010)*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa de la Nación, 2010, pp. 141-142.

¹⁶ Ver Arturo MALLIMACI: *El catolicismo integral en la Argentina, 1930- 1946*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1988; Loris ZANATTA: *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Miranda LIDA: “Por una historia política y social del catolicismo en la Argentina del siglo XX”, *PolHis*, 8 (2011).

¹⁷ Alain ROUQUIÉ: *Poder militar y sociedad política en la Argentina, 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 108. Ver también Hernán CORNUT: “La influencia de la inmigración en el Ejército Argentino durante la década del veinte”, *Épocas. Revista de Historia*, 4, USAL (2011).

gregó en torno al general José Félix Uriburu, quien ocupó la presidencia provisional de la Argentina luego del golpe de Estado. Durante su mandato, de corte filo fascista, contó con la adhesión de intelectuales nacionalistas de derecha como el citado Leopoldo Lugones, a quien le encargó la redacción de la «proclama revolucionaria».¹⁸ Luego de la anulación de las elecciones en la provincia de Buenos Aires y la sublevación del coronel Gregorio Pomar en el Litoral, la suerte de Uriburu quedaría sellada. A comienzos de 1932, el general Agustín Justo fue nombrado su sucesor, vía fraude electoral, en lo que se constituiría como una práctica recurrente durante la «década infame».¹⁹ El nuevo presidente representaba la facción liberal-conservadora del Ejército y desarrolló su gobierno en el marco de una economía probritánica hasta el final de su mandato en 1938.

En el transcurso de la década del treinta, la necesidad de impregnar el nacionalismo argentino en la formación de los militares impulsó la utilización de la retórica gauchesca para evocar el supuesto pasado autóctono. Ya en 1926, el Ministro de Marina, contraalmirante Manuel Domeq García, se comprometía a adquirir «una cantidad mensual de ejemplares» de *Nativa* – la revista de circulación nacional que condensaba los tópicos ligados al imaginario gauchesco y a la tradición nacional– para distribuirla en las reparticiones a su cargo.²⁰ Otro de los canales por los cuáles se difundían las temáticas del gaucho y la vida rural eran las publicaciones de la *Revista del Suboficial* que, como ya se mencionó, se había fundado en enero de 1919 por iniciativa del teniente coronel Justo Diana con el objetivo primario de obturar las ideologías foráneas como el anarquismo y el socialismo. Desde la edición de su primer número tuvo un paulatino crecimiento que se graficó en la cantidad de suscriptores, los ingresos recibidos y el número de páginas de cada ejemplar. Las referencias cuantitativas sustentan lo señalado: en 1930 la publicación contaba con 6.688 suscriptores, diez años más tarde las cifras habían aumentado a 9.983 y en 1948 se contabilizaban 22.080. Del mismo modo, la cantidad de páginas se cuadruplicaba en relación a los primeros números.²¹

¹⁸ Lugones expresó en ese contexto: «El Ejército y la Armada de la Patria, respondiendo al calor unánime del pueblo de la Nación y los propósitos perentorios que nos impone el deber de argentinos en esta hora solemne para el destino del país, han resuelto levantar su bandera para intimar a los hombres que han traicionado en el gobierno la confianza del pueblo y de la República...». Sobre la redacción de la proclama ver en particular, Diego KENIS: «Lugones y la proclama militar de 1930: los tópicos inaugurales del discurso político militar del Siglo XX», en *I Jornadas de Filosofía Política. Democracia, tolerancia y libertad*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, abril de 2008.

¹⁹ El término «década infame» fue introducido por el periodista José Luis Torres, ver, José Luis TORRES: *La década infame*, Buenos Aires, Editorial de formación Patria, 1945. Sobre la política fraudulenta en la provincia de Buenos Aires ver María Dolores BÉJAR: *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

²⁰ *Nativa. Revista mensual ilustrada*, 31 de octubre de 1926. La publicación mensual fue fundada a fines de 1923 por Julio Díaz Usandivaras con una tirada de 6 mil ejemplares para su primer número. La revista experimentó un rápido crecimiento durante sus primeros años: al celebrar su tercer aniversario se destacaba la participación de más de trescientos agentes y corresponsales en todo el país y el número de dos mil suscriptores hijos.

²¹ *Revista del Suboficial*, enero de 1949, pp. 5-13.

En febrero de 1930, la *Revista del Suboficial* incluyó una reseña sobre el Pago de Areco, en referencia al municipio de San Antonio de Areco ubicado en la zona norte de la provincia de Buenos Aires. Esa región era identificada como «tierra de gauchos» a partir de la aparición de la obra literaria de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, así como del emplazamiento del museo gauchesco que llevaba el nombre del autor y de las celebraciones del Día de la Tradición.²² En ese *dossier* presentado se definieron algunos conceptos sobre el pasado nacional. A partir de la renombrada frase de Nicolás Avellaneda, presidente argentino entre 1874 y 1880, «Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos», se describieron algunas características de la novela escrita por Güiraldes:

Raro es encontrar en nuestros días libros donde nuestro paisano se mueva en su ambiente, extinguido casi por la europeización. Vida de reseros hay en sus páginas, habiéndose cuidado de narrar hechos sangrientos, vulgaridad en que incurren muchos escritores nativistas. Toda el alma del poema es nacional, es nuestra.²³

Otro de los apartados de ese artículo estaba dedicado a Segundo Ramírez, quién había compartido una hora con el sargento 1° Julio Balach, redactor de la nota.²⁴ La particularidad de la entrevista realizada a Don Segundo radicó en que se puso de relieve la participación del gaucho en el servicio militar. Desde las declaraciones de Ramírez se pretendía identificar a los gauchos con las obligaciones militares y, al mismo tiempo, disociarlos de las recurrentes deserciones que se presentaban en los melodramas gauchescos –en el *Martín Fierro* se describían los castigos recibidos y la deserción del protagonista de las filas castrenses–. El análisis que el cronista realizó sobre las anécdotas de *Sombra* en el Ejército presentaba su estancia como un pasaje grato y feliz. En especial se preocupó por destacar las opiniones de Segundo respecto a sus superiores: «Recuerda sin esfuerzos los nombres de jefes y oficiales. Los expone rudos, inexorables; algunos crueles; llenos de bondad y abnegación otros, pero todos ardientes patriotas.» Esa era la condición que se pretendía destacar: el «patriotismo» de los integrantes de las Fuerzas Armadas. Además, se recordaba la actuación del tipo gaucho ideal en la caballería en los años 1879 y 1880.²⁵

En el transcurso de la década, las publicaciones en la *Revista del Suboficial* que remitían al imaginario gauchesco sostenían una presencia estable. Así lo representa el siguiente cuadro

²² La novela *Don Segundo Sombra* estuvo inspirada en Segundo Ramírez, un gaucho que habitaba en San Antonio de Areco y que el autor conoció a partir de sus estadías en la estancia familiar que visitaba los fines de semana. Ver Ricardo GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1926.

²³ *Revista del Suboficial*, febrero de 1930, p. 59. La exaltación de la obra concluía profetizándole vida eterna, dado que otorgaba una visión de la pampa y el gaucho en su más alta concepción.

²⁴ Julio Balach era un asiduo colaborador de la revista. Sus escritos no se reducían a cuestiones ligadas a la tradición sino que abordan diversas temáticas de la historia argentina y de la vida cotidiana de los suboficiales.

²⁵ *Revista del Suboficial*, febrero de 1930, p.62.

que tiene como sustento los números de la revista consultados que se archivan en la biblioteca del Círculo Militar:

Año	Cantidad de artículos
1930	7
1931	3
1932	4
1933	3
1934	6
1935	4
1936	6
1937	6
1938	5
1939	6
1940	7

Cantidad de artículos publicados en la Revista del Suboficial sobre temáticas gauchescas (1930-1940). Elaborada por el autor.

Los artículos, los poemas, las ilustraciones y fotografías fueron elementos determinantes para la representación del gaucho como soldado, que en los años sucesivos se utilizaría para presentarla como modelo de hombre y de militar. En pos de esa operación, se retomaba su participación en las guerras de la independencia. Así, desde las páginas publicadas bajo el auspicio del Círculo Militar se difundía –no sin contradicciones– la concepción de los gauchos que «venieron al extranjero y nos dieron la libertad».²⁶

Martín Fierro, el ser argentino y la argentinidad. Preocupaciones y búsquedas desde el Círculo Militar

En pos de analizar la tensión planteada por algunos militares que retomaban la figura del gaucho como una operación de reafirmación nacionalista en oposición a los extranjeros, las elucubraciones del mayor Rafael Di Giácomo constituyen un exponente insoslayable. En 1937, este militar realizó una disertación a través de LS 11 Radio Provincia titulada «La situación del criollo en nuestra tierra». La síntesis se publicó en la *Revista del Suboficial* a los dos meses de la emisión. El texto comenzaba con una contra-argumentación significativa, el autor solicitaba: «no me vaya a interpretar como anti-extranjero», y luego prometía disociar su sentimiento argentino para revestir su ensayo de objetividad. Pese al intento previo, su alocución se podría resumir como un continuo ataque al cosmopolitismo ciudadano de la Capital Federal y a la preponderancia de lo foráneo, en favor de lo criollo, lo gaucho, lo argentino. Las consideraciones de Di Giácomo tenían dos objetivos: por un lado exaltar las dos instituciones «más argentinas»,

²⁶ *Ibidem*, octubre de 1934.

el Ejército y la Policía, y por otro lado ensalzar la obra de Gobierno del presidente Agustín Justo, «uno de los gobiernos más nacionalistas» que, según su lectura, había tenido la patria.²⁷ Más que focalizarla en las ideologías políticas de los extranjeros, el militar puntualizaba su crítica en los nativos que sobreestimaban todo elemento procedente de Europa en detrimento de lo autóctono.

En una nota publicada en el número contiguo de la revista, Rafael Di Giacomo amplió sus conceptualizaciones radiales. De hecho, en el conjunto de sus cuestionamientos sobrevolaba el concepto de colonialismo cultural en tanto sus críticas apuntaban directamente a la supremacía simbólica que parecía, en la óptica del autor, inherente no sólo a los extranjeros, sino a los productos elaborados por ellos. La “amenaza” se conectaba en esos escritos con la definición del “mal argentino”. Según Di Giacomo, el ser nacional iba siendo relegado en diversos ámbitos –exceptuando a las instituciones antes mencionadas–, como el comercio y las manifestaciones artísticas. Quienes elegían lo extranjero por sobre lo nativo eran calificados por el militar como «malos argentinos que atentan el vigor de nuestra raza». Con una conclusión que posibilitaría refutar sus argumentaciones iniciales, el mayor del ejército remarcaba: «San Martín no necesitó de extranjeros para hacer la libertad de media América».²⁸

Otra de las interpretaciones que ponía de relieve la amenaza para el ser argentino se esbozó en el libro de Guillermo Terrera premiado por el Círculo Militar, *El caballo criollo en la tradición argentina*.²⁹ El autor realizaba un diagnóstico similar al de Di Giacomo casi una década después de sus publicaciones:

El ‘Ser argentino’ amenazado en su base por formas ajenas de violencia, sexo, robo, materialismo idolátrico debe ser rescatado y preservado por todos los espíritus libres y cultos, para defender la esencia de nuestra vida nacional.³⁰

La preservación debería ser impulsada, entonces, por aquellos que se mantuvieran incorruptibles y pudieran discriminar esa esencia. Al fin y al cabo, se entendía que el contexto «amenazante» requería del continuo refuerzo de las apelaciones a los elementos nacionalistas, con lo cual la posibilidad de plantear arquetipos referentes en pos de cristalizar las conceptualizaciones sobre el ser argentino resultaba apetecible. Para ello, algunos de esos espíritus libres que convocaba Terrera presentaron al gaucho como recurso para resistir al cosmopolitismo y reafirmar la nacionalidad. En esa prédica –como en la anterior sobre los peligros– se establecía un punto de contacto entre los discursos de los tradicionalistas y diversas voces que se reproduc-

²⁷ *Ibidem*, junio de 1937, pp. 62-66.

²⁸ *Ibidem*, julio de 1937, pp. 61-65.

²⁹ Guillermo Terrera era doctor en Derecho y Ciencias Sociales y se había especializado en estudios antropológicos sobre lo telúrico y la tradición argentina.

³⁰ Guillermo TERRERA: *El caballo criollo en la tradición argentina*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1969, p. 21.

ían en el ámbito militar. En efecto, la *Revista del Suboficial* presentaba, también en la década del cuarenta, la historia del gaucho Martín Fierro como una «recia afirmación de nacionalidad». Eso implicaba que en los caracteres desarrollados por el poema se encontrarían todos los componentes del tan pretendido ser nacional.³¹ En ocasiones se erigía al gaucho como símbolo de una «nueva raza nacionalista», y esa identificación entre gaucho-nación resultaba tan estrecha que el negarla implicaba la negación de la argentinidad.³²

Los conceptos elaborados por el folklorista Julio Díaz Usandivaras para pensar la temática del nacionalismo y la tradición proponían una explicación posible para comprender la apelación al gaucho. En una carta abierta al presidente Roberto Ortíz en 1938, el director de la revista *Nativa* consideraba que el nacionalismo no se construía inaugurando mástiles o evocando personajes meramente políticos, señalando además que el pueblo ya estaba cansado de esas cosas. Según su interpretación, el cultivo del ser nacional se promovía a partir del amor y la conservación de las tradiciones.³³ Desde allí, resultaría funcional advertir en el gaucho los componentes argentinistas. El tradicionalista Luis Pinto comulgaba con la perspectiva de Usandivaras y afirmaba que la exaltación del gaucho debía intensificarse cuando se advertían intentos de desnacionalización.³⁴ De ese modo, los gauchos se presentaban como un elemento de defensa para la preservación de la nacionalidad, y al ser identificados como arquetipo del ser nacional, recuperándose esa representación en los momentos de peligro, quedaban imbuidos de un componente redentor.

Los militares en los centros tradicionalistas: vínculos y participación

A partir de la institución del Día de la Tradición en 1939 en la provincia de Buenos Aires los centros tradicionalistas crecieron y complejizaron su organización interna al calor de esa fiesta gaucha por antonomasia. Esas asociaciones se ocupaban de celebrar la vida rural como forma de practicar la defensa y conservación de las tradiciones argentinas.³⁵ La oficialización de la nueva efeméride por los políticos conservadores, que gobernaban la provincia bajo la dirección de Manuel Fresco, no sólo generó un incremento de las experiencias asociativas en torno a lo gauchesco, sino que reconfiguró viejas disputas en relación a la pertinencia del gaucho como arquetipo de la tradición. En efecto, diversas voces como las de los historiadores Emilio Coni y Enrique de Gandía se manifestaron en oposición a la revalorización de lo gauchesco.³⁶

³¹ *Revista del Suboficial*, septiembre de 1944, p. 45.

³² *Ibidem*, diciembre de 1933, p. 69.

³³ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 28 de febrero de 1938, pp. 2-3.

³⁴ Luis PINTO: *El gaucho rioplatense frente a los malos historiadores (refutación a Enrique de Gandía)*, Buenos Aires, Ciordia y Rodríguez, 1944, p. 97.

³⁵ Ver María Cecilia PISSARELLO: *Presente de Gauchos*, Buenos Aires, UPCN, 2004; Hugo RATIER et al.: "Organizaciones rurales y cultura de las pampas: La construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones", *Etnia*, 44-45 (2002-2004), pp. 81-96.

³⁶ La crítica desarrollada, principalmente por Emilio Coni, tenía como objetivo desestimar el "martinfierro del litoral" y la filiación del gaucho con la argentinidad. Ver Emilio CONI: *El gaucho, Argentina, Brasil, Uruguay*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1969.

Los centros tradicionalistas también fueron foco de críticas y cuestionamientos. El historiador revisionista Pedro de Paoli, acusaba a esas asociaciones de celebrar el *statu quo* y olvidar la condición de desposeído del gaucho. Según el autor, esa reivindicación era de utilería, ya que no ponía atención en las condiciones que habían posibilitado su «exterminio».³⁷ En efecto, siguiendo la línea del historiador, las agrupaciones que proliferaron en la provincia de Buenos Aires representaron un gaucho que habría olvidado su histórico conflicto con la autoridad – tópico recurrente en la literatura gauchesca –, para materializar una suerte de «reconciliación» a partir de la participación conjunta en los círculos criollos.

En ese contexto, muchos integrantes de las Fuerzas Armadas argentinas se sumaron a las experiencias tradicionalistas contribuyendo a configurar la representación del gaucho como patriota y soldado. La correspondencia y la descripción de las celebraciones que se conservan en el archivo del Círculo Criollo El Rodeo (CCER), una de las asociaciones modelo del área metropolitana bonaerense, posibilita la reconstrucción de un entramado vincular con militares de la zona de El Palomar, donde estaba ubicado el Colegio Militar de la Nación, y de otras latitudes que se consolidaba en las exaltaciones tradicionalistas. En esa agrupación, los lazos con el ámbito castrense se desplegaron de modo tal que, en ocasiones, se intercambiaron pedidos de mutua colaboración y se organizaron coparticipaciones en diversos festejos. Los nexos tejidos desde el Círculo Criollo Martín Fierro (CCMF) complementarían la muestra sintetizada en El Rodeo a partir de las fiestas en honor al Día del Reservista que celebraban los oficios de las tropas de reserva del Ejército argentino.

La conexión entre integrantes de las Fuerzas Armadas y el CCER se puede analizar desde tres niveles: los comunicados formales que se intercambiaban, generalmente a partir de invitaciones o solicitudes; la comunión manifestada en la realización de las fiestas patrias, donde confluía la narrativa nacionalista con el culto a la tradición; y la integración de militares como componentes activos de la agrupación tradicionalista. Esos vínculos conllevaron un canal de difusión para la representación del gaucho soldado que se expandía contemporáneamente a los esfuerzos teóricos difundidos en las publicaciones militares y costumbristas. Si bien la denodada preocupación por atribuirle caracteres castrenses a la figura del gaucho provocó interpretaciones divergentes, los militares que comulgaron con las actividades gauchescas tributaron esa ligazón más desde la práctica que desde las producciones escritas.

Los elementos que corroboraban las conexiones institucionales entre el CCER y dependencias de las Fuerzas Armadas eran los comunicados que se intercambiaron a título de invitaciones o requerimientos. En 1952, por ejemplo, la comisión directiva del centro criollo había solicitado la participación de una delegación de granaderos para la realización de una fiesta criolla en su campo. El teniente coronel Rómulo Boero, jefe de ceremonial del Ejército, habilitaba

³⁷ Pedro DE PAOLI: *Trayectoria del gaucho*, 2 ed., Buenos Aires, Ciordia y Rodríguez, 1949, pp. 8-9. Un análisis del gaucho como desposeído se presenta en Andrés CARRETERO: *El gaucho mito y símbolo tergiversados*, Buenos Aires, Editorial Escorpio, 1964.

el envío requerido en relación a la inauguración del nuevo mástil para la bandera argentina.³⁸ En otras ocasiones, quienes solicitaban la participación de los «gauchos» para ambientar sus celebraciones eran los militares. Por ejemplo, la comisión directiva del casino de suboficiales de la VII Brigada Aérea de Morón acudía a la generosidad de los tradicionalistas para garantizarse su intervención a través de demostraciones gauchescas y números artísticos.³⁹ De este modo, los registros de esos petitorios daban cuenta de un determinado reconocimiento por parte de los integrantes de las Fuerzas Armadas: por un lado identificaban que la participación del gaucho en los festejos impregnaría una tónica argentinista de acuerdo a las manifestaciones esbozadas en esos comunicados; por otro lado posicionaban al CCER como representante “válido” de la tradición nacional que se afanaban en involucrar.

La atmósfera nacionalista que enmarcaba la ligazón entre tradicionalistas y militares se ponía de relieve particularmente en los convites para la celebración de las efemérides patrias. Para las fiestas del 25 de mayo de 1953, el suboficial principal que prestaba guardia en el Ministerio de Asuntos Técnicos, Vicente Domínguez, facilitaba los nombres de los granaderos que asistirían al CCER y, al mismo tiempo, se disculpaba por su ausencia, motivada por cuestiones de servicio.⁴⁰ El tono de la nota revelaba un vínculo más cercano que los comunicados reseñados anteriormente. En efecto, la carta vitoreaba la obra de los tradicionalistas y exaltaba la conmemoración de «nuestra querida argentina». Los convites para festejar el aniversario de la Revolución de Mayo se sucedieron en el tiempo. En 1955, el teniente coronel Carlos Berrotarán se excusaba por no haber podido asistir a la celebración en el CCER. En ese caso, aludía a los festejos oficiales organizados por el Ministerio del Ejército para explicar su ausencia y al mismo tiempo recuperaba la centralidad que tendría para la nacionalidad argentina festejar la «gesta emancipadora».⁴¹ Como se resaltaba en el caso de Berrotarán, otros militares encontraron superpuestas las actividades oficiales con los eventos organizados por los tradicionalistas. El subdirector de Gendarmería Nacional, Alfredo Zunda Cornell, manifestaba su deseo de concurrir a celebrar el 9 de julio con los tradicionalistas, pero se veía interrumpido por tener que participar del desfile militar previsto para ese día.⁴²

Más allá de los comunicados institucionales y de las invitaciones personalizadas, la conexión entre «gauchos» y militares se fortaleció principalmente a partir de los miembros de las Fuerzas Armadas que se adhirieron activamente a la dinámica del CCER incorporándose como socios. Si bien los registros de la institución no discernían las profesiones de cada componente, en orden a las solicitudes de inscripción y las notas enviadas se podían identificar socios integrantes

³⁸ Comunicado del teniente coronel Rómulo Boero al secretario general del CCER, Archivo del CCER, 17 de junio de 1952.

³⁹ Comunicado del suboficial mayor Segundo Luis Córdoba a la comisión directiva del CCER, Archivo del CCER, 18 de noviembre de 1954; respuesta del CCER, 24 de noviembre de 1954.

⁴⁰ Carta de Vicente Domínguez al presidente del CCER, Archivo del CCER, mayo de 1953.

⁴¹ Comunicado de Carlos Martín Berrotarán al presidente del CCER, Archivo del CCER, 1 de junio de 1955.

⁴² Comunicado de Alfredo Zunda Cornell al secretario general del CCER, Archivo del CCER, 2 de julio de 1953.

del Ejército y de la Armada. El proceso de integración de esos militares no distó del que tenían que atravesar todos los aspirantes. La incorporación del miembro del Comando Antiaéreo del Interior, Rolando Esquivel, estuvo mediada por el tradicionalista Eugenio Meza, que era socio desde los primeros años de la agrupación. En una carta al presidente del CCER garantizaba conocer al postulante y auguraba su proyección en el círculo criollo.⁴³ Al poco tiempo, el militar recibió la solicitud a completar y la devolvió junto con la documentación requerida.⁴⁴ En este sentido, Esquivel participó como socio de la entidad tradicionalista y, como cada uno de sus componentes, cumplimentó con el abono de las cuotas mensuales.⁴⁵ Del mismo modo, Ernesto Mendoza, que ingresó como conscripto a la Escuela Naval del Ministerio de Marina, sostuvo su participación en el CCER y se constituyó como nexo para tejer relaciones con sus superiores. De hecho, el capitán de fragata Julio Ques intercambió correspondencia con el presidente Julio Velaz a partir del «gaucho marino». En ocasiones, la comisión directiva de la agrupación tradicionalista solicitó la licencia de Mendoza para que pudiera participar en las fiestas criollas o en las celebraciones patrias, a las cuales también era convidado el militar a cargo.⁴⁶

Las ligazones militares no fueron una característica exclusiva del CCER. Los componentes del Círculo Criollo Martín Fierro también articularon actividades con miembros del ámbito castrense. En ese caso, el núcleo vinculante había sido el obispo Anunciado Serafini, que conectó los tradicionalistas de Jáuregui con los integrantes del Regimiento 6 de Mercedes. A partir de la participación conjunta en las peregrinaciones gauchas –práctica anual de devoción a la Virgen de Luján–, los socios del CCMF cristalizaron un vínculo con los militares y colaboraron con la celebración anual del Día del Reservista en esa localidad.⁴⁷ Más allá de los gastos extra que implicaba su intervención en el festejo militar, como el acarreo de los caballos, los gauchos, convencidos de su aporte patriótico, sostuvieron sus participaciones.⁴⁸ Esas prácticas también eran sostenidas por otros militares que, sin entrar en contacto directo con esas agrupaciones gauchas, tributaron el culto a la tradición a través de sus relatos criollos o con eventos concretos.

⁴³ Carta de Eugenio Meza al presidente del CCER, Archivo del CCER, 23 de noviembre de 1950.

⁴⁴ Comunicado de Rolando Esquivel al secretario del CCER, Archivo del CCER, 11 de diciembre de 1950.

⁴⁵ Ver con respecto al abono de la cuota social el comunicado de Rolando Esquivel al presidente del CCER, Archivo del CCER, 8 de febrero de 1954.

⁴⁶ Ver por ejemplo los comunicados enviados por el capitán de Fragata Julio Ques, que respondían esas solicitudes, Archivo del CCER, 30 de mayo de 1956; 5 de julio de 1956.

⁴⁷ Sobre las peregrinaciones gauchas, ver Matías CASAS: “Gauchos y católicos. El origen de las peregrinaciones gauchas a la basílica de Luján, Buenos Aires, 1945”, *Anuario de la Escuela de Historia*, 25, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2013, pp. 257-275.

⁴⁸ Ver por ejemplo Acta n° 22, Archivo del CCMF, 12 de noviembre de 1948; Acta n° 43, Archivo del CCMF, 3 de septiembre de 1950.

Los militares tradicionalistas. Las intervenciones a partir de las producciones escritas y la Agrupación Tradicionalista El Ceibo

Los militares que participaron en las propuestas de los centros tradicionalistas mencionados no fueron los únicos que se lanzaron a la «cruzada» por exaltar al gaucho argentino. Las agrupaciones Leales y Pampeanos y Mi Poncho, que desempeñaron sus actividades en el sur de la provincia de Buenos Aires, cristalizaron relaciones con la agrupación tradicionalista El Ceibo del barrio de Palermo, en la Capital Federal.⁴⁹ Esa institución, que había sido fundada a mediados de la década del treinta, mostraba diferencias sustanciales con los círculos criollos mencionados. Los fundamentos de El Ceibo se basaban en el estudio de «nuestra historia desde la época anterior a la conquista; nuestras artes; nuestra música y nuestras danzas, en su origen y evolución».⁵⁰ Lejos de las fiestas criollas donde se destacaban los deportes hípicas, sus reuniones se constituían a partir de almuerzos, cenas, conferencias, actividades literarias y conmemoraciones de fechas patrias. Uno de los conferencistas habituales era Julio Díaz Usandivaras, el citado director de la revista *Nativa*, desde la cual se difundían las principales actividades de la nueva entidad.

En la agrupación tradicionalista El Ceibo se disertaba sobre diversos tópicos que promovían la identidad nacional argentina. En sus primeros años de funcionamiento, por ejemplo, conmemoraban el Día de las Islas Malvinas, proclamando la reafirmación de la soberanía argentina sobre los archipiélagos del sur.⁵¹ Además, varias de sus conferencias estaban dedicadas a resaltar los elementos camperos y la figura del gaucho, como la que se pronunció con motivo de homenajear al escritor Martiniano Leguizamón.⁵² En cualquier caso, los tradicionalistas de El Ceibo no se caracterizaban por vestir chiripá y botas de potro sino más bien por difundir el imaginario gauchesco desde sus discursos y producciones escritas. Si bien en ocasiones realizaban festivales folklóricos —lo que implicaba alquilar una sede social porque no tenían campo de deportes—, los eventos se programaban con una serie de alocuciones, músicos y danzas, y luego finalizaban con cenas en restaurantes céntricos. Así sucedió en los festejos del segundo aniversario de la agrupación, que terminaron con una comida a la que asistieron los escritores costumbristas Bartolomé Aprile y Justo Sáenz, además de Usandivaras. El presidente de El Ceibo cerró la celebración con un discurso que repasaba las actividades realizadas y, particularmente, se esforzó por reafirmar la identidad de la agrupación:

Rodeamos esta mesa criollos dignos del gaucho antecesor, prototipo del argentino que se identifica con la tierra, la raza y la lengua nativa, fundiendo el alma de la patria. Nos hemos constituido para mantener y honrar la tradición.⁵³

⁴⁹ *Tercer libro bibliográfico del centro tradicionalista "Mi Poncho"*, Avellaneda, 1969.

⁵⁰ *Nativa*, revista mensual ilustrada, 31 de diciembre de 1935.

⁵¹ *Nativa*, revista mensual ilustrada, 31 de marzo de 1936, p.

⁵² *Ibidem*, 30 de abril de 1936, pp. 22-23.

⁵³ *Ibidem*, 30 de junio de 1936, pp. 12-13.

Entre esos criollos, la especificidad que destacaba a El Ceibo, radicaba en la participación de militares que ocuparon cargos en la comisión directiva de la sociedad tradicionalista. Sea como fuere, la máxima autoridad de esa agrupación era el juez Santo Faré.⁵⁴ El vicepresidente era Eduardo Molina, hacendado y político radical, reconocido por su proyecto para construir un monumento en honor al gaucho. Durante el primer año de funcionamiento, la tesorería fue controlada por el teniente coronel Julio Díaz Romero, quien se destacaba en los eventos literarios que se organizaban asiduamente en la asociación tradicionalista. Más adelante, el rol de tesorero de la agrupación fue continuado por el teniente coronel Pablo Peralta, quien al momento de su fundación se encontraba retirado de sus funciones militares. Sus años en las Fuerzas Armadas estuvieron signados por su función como jefe del distrito militar de San Nicolás, en el interior de la provincia de Buenos Aires.⁵⁵ Como el resto de los integrantes de El Ceibo, Peralta reivindicó la tradición campera y la figura del gaucho más desde sus textos que desde las demostraciones públicas en los desfiles o las prácticas hípicas. Para publicar sus escritos utilizó el seudónimo de «Juan Claridá» y recurrió al estilo gauchesco para narrar sus historias y difundir sus poemas. Desde las páginas de *Nativa* se lo confirmaba como un «amigo tradicionalista» y se reproducían habitualmente sus historias.⁵⁶

Las preocupaciones de Peralta por difundir la narrativa tradicionalista conllevaron su presentación en distintas asociaciones como la Asociación Militar de Retirados del Ejército, siempre con el fin de disertar sobre el gaucho. El militar describía su psicología y sus costumbres, convencido de que era el modelo en el que debía plasmarse el alma nacional.⁵⁷ De hecho, esa ligazón se ponía de relieve cuando adoptaba el lenguaje del gaucho y definía en la voz de Juan Claridá los sentimientos patrióticos «indispensables» para todos los argentinos. En un poema titulado patriotismo, afirmaba el teniente coronel devenido en gaucho:

A la Patria se la quiere sin esperar recompensa / es la ley que no dispensa ni agachadas ni traición. / Se la quiere porque sí, sin mañas de ventajero / que ser último o primero da lo mismo en l'ocasión.⁵⁸

Así, el integrante de El Ceibo subsidiaba el carácter nacionalista del gaucho, que se erigía como modelo de amor a la patria. Por tanto, esos militares tradicionalistas comulgaban discursivamente con lo presentado desde los círculos criollos. Si bien se distanciaron de las prácticas que constituían la esencia de las fiestas criollas realizadas en esas agrupaciones, las característi-

⁵⁴ Santo Faré se había desempeñado como profesor de Derecho Comercial en la Universidad de Buenos Aires y oficiaba como camarista de la Capital Federal desde 1933. *Ibidem*, 30 de junio de 1936, pp. 26 y 28.

⁵⁵ Pablo Peralta falleció en julio de 1941. En esa fecha, la revista *Nativa* publicó una biografía que resumía su trayectoria militar y literaria. Ver *Ibidem*, 31 de julio de 1941, p. 7.

⁵⁶ Ver por ejemplo *Ibidem*, 31 de enero de 1933, pp. 32-33; *Ibidem*, 30 de junio de 1937, p. 1.

⁵⁷ *Ibidem*, 2 de febrero de 1937, p. 22.

⁵⁸ *Ibidem*, 30 de noviembre de 1939, p. 13.

cas atribuidas por unos y otros al gaucho no mostraban disidencias. La contradicción radicaba en la metodología: mientras los centros tradicionalistas se convencían en representar a partir de sus vestimentas y sus actividades al gaucho argentino de modo «genuino», las instituciones centradas en lo literario ponían el acento en la difusión de textos y conferencias sobre diversos tópicos de la tradición campera.

Otro referente de los militares tradicionalistas que se esforzaron por la producción y reproducción de ese discurso fue José Prudencio Cidra,⁵⁹ cuya relación de amistad con Pablo Peralta determinó su labor conjunta en diferentes eventos. Al mismo tiempo, colaboraba recurrentemente con la revista *Nativa*, no sólo a partir de sus escritos, sino también procurándole nuevos suscriptores, hasta el punto que sus tareas de difusión le valieron la distinción de principal colaborador en año 1941.⁶⁰ En una de sus conferencias historizó la participación de los gauchos en el pasado argentino atribuyéndoles un rol protagónico en cada período:

El gaucho es el símbolo de la tradición, pues afianzó el ideal perseguido por los próceres de la Independencia, conquistó el desierto, fue el representante genuino de la autoridad nacional y provincial.⁶¹

Esos serían motivos suficientes para promover en el marco de otro discurso que cada argentino levantara un monumento al gaucho en su corazón y en su conciencia.⁶² Desde la perspectiva del militar, la reivindicación de ese símbolo se integraba con una serie de producciones que apuntaban a celebrar su intervención junto a los prohombres de la historia argentina. José de San Martín, Manuel Belgrano y los gauchos se entrelazaban en esos textos que pretendían cristalizar la capacidad del «gaucho soldado».⁶³

En general, los escritos reproducidos por los militares tradicionalistas conllevaban una serie de inquisiciones, implícitas o explícitas, a las «tendencias extranjerizantes» que desatenderían el culto al pasado nacional. En esa línea, las apreciaciones del contemporáneo Rafael Di Giácomo profundizaban en la cuestión de las influencias extranjeras, no sólo desde sus alocuciones radiales –como se reseñó anteriormente–, sino también desde sus poemas gauchescos, donde se le otorgaba la voz al gaucho para narrar sus desventuras. En 1937, el militar publicó en la *Revista del Suboficial* el relato “Si ha güelto gringo hasta el día”, donde el «gaucho» se la-

⁵⁹ Su desempeño como miembro del Ejército se caracterizó por sus tareas como sub-intendente de guerra en la región de la Patagonia a fines del siglo XIX, y también como comandante del Regimiento de Infantería n° 8. En la Capital Federal, una vez retirado, comenzó a circular por diversas asociaciones difundiendo sus trabajos sobre cuestiones vinculadas a la tradición y al patriotismo.

⁶⁰ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 31 de enero de 1942, p. 2.

⁶¹ *Ibidem*, 31 de octubre de 1936, p. 35.

⁶² Ver la reproducción del discurso titulado “El símbolo de nuestra tradición”, en *Ibidem*, 31 de octubre de 1937, pp. 31-32.

⁶³ Ver, por ejemplo, la transcripción de su discurso sobre el pensamiento de José de San Martín, donde se presentaba un apartado para el gaucho recuperando su “participación” en los ejércitos, en *Ibidem*, 31 de mayo de 1945, pp. 10-11.

mentaba por los profundos cambios en la campaña bonaerense con una tonalidad de tristeza y melancolía.⁶⁴

Los cuentos de Di Giácomo también recuperaron el carácter castrense de los gauchos que habían luchado por la patria.⁶⁵ Además, sus textos publicados para los suboficiales incorporaban la exaltación de la iconografía nacionalista, amalgamando las cuestiones tradicionalistas con los esfuerzos por cristalizar la identidad nacional en el personal castrense.⁶⁶ Una construcción similar realizaba el cabo José María Badie, quien abordaba en sus escritos los mismos tópicos pero que en vez de ser difundidos exclusivamente en las publicaciones militares también se editaban en la revista *Nativa*, lo que implicaba el posible incremento del número de lectores.⁶⁷ A todo ello cabe sumar una recopilación de sus relatos gauchescos, publicada con el auspicio del Círculo Militar. En esos relatos se recuperaba la figura de diversos generales del pasado y se los resignificaba en tanto «gauchos».⁶⁸

A modo de conclusión

La denodada búsqueda por definir el ser nacional y la reproducción de ese discurso desde los funcionarios e intelectuales de la década del treinta tuvo su correlato en las voces militares que se pronunciaron, tanto en las publicaciones específicas de ese espacio como en las revistas tradicionalistas de tirada masiva. En este sentido, la utilización del gaucho como figura referencial para cristalizar la identidad nacional evidenció un determinado consenso sobre los gauchos como patriotas abnegados que habrían ofrecido su sangre por la libertad, primero, y por el desarrollo, después, de la República Argentina.

La prédica nacionalista que atravesaba las interpelaciones para los suboficiales del Ejército encontró un tópico complementario. En este punto, las evocaciones de lo gauchesco permitían esbozar un discurso abarcador que ampliaba el sentido tanto del gaucho como de la tradición nacional. Desde esa perspectiva, el gaucho no sólo era revisitado como elemento autóctono de un pretérito que se reconfiguraba en tono nostálgico, sino que también se lo representaba como ejemplo de coraje y filiación a la vida militar. Para corroborar esos atributos fue reconocido como el protagonista silencioso de las luchas independentistas. De ese modo, se logró tejer desde un plano simbólico y literario la correspondencia entre los gauchos de la campaña y el servicio militar.

Esa narrativa, que era sostenida también por la mayoría de los discursos políticos que reivindicaban al gaucho como arquetipo de la tradición nacional, se materializó en las interac-

⁶⁴ *Revista del Suboficial*, junio de 1936, p. 103.

⁶⁵ Ver, por ejemplo, las anécdotas del gaucho «ño Pastor», en *Ibíd.*, diciembre de 1937, pp. 29-34.

⁶⁶ En 1940, Rafael Di Giácomo publicó su “Oración a la República Argentina”, que resultó un texto de cuatro páginas donde se describían las “virtudes de la patria”. Ver *Ibíd.*, febrero de 1940, pp. 3-6.

⁶⁷ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 31 de diciembre de 1939, p. 35; *Ibíd.*, 30 de abril de 1940, p. 23.

⁶⁸ En uno de sus cuentos, el protagonista exclamaba sobre el General Juan Lavalle «¡Viva su eterna figura gaucha como una estatua de blanco y azul!», José María BADIE: *Yerba buena*, Buenos Aires, Taller Gráfico de Luis Bernard, 1930, p. 65.

ciones reseñadas. Es decir, la perspectiva interpretativa que se extendía desde los cuentos camperos o los artículos ensayísticos que publicaba la *Revista del Suboficial* se encarnó en los militares que participaron de los centros tradicionalistas. Allí, la representación del gaucho soldado se personificaba en los desfiles y fiestas criollas. El festejo que se realizó en el Club Hípico Argentino en honor a los conscriptos de mar y tierra significó una muestra más de esa convergencia. En 1938, aprovechando la presencia de los militares de todo el país, reunidos en Buenos Aires en ocasión de la celebración del Día de la Independencia, la agrupación tradicionalista El Ceibo auspició la organización del evento a través de sus integrantes que habían pertenecido a las Fuerzas Armadas. En la fiesta, los conscriptos aplaudieron el paso de los gauchos que desfilaron portando la bandera argentina. La demostración era retribuida con la realización de destrezas hípicas para satisfacción de los homenajeados.⁶⁹ Así se materializaba la redactada identificación del gaucho con el espacio castrense.

El entramado social constituido a partir del CCER, así como las funciones directivas que tanto Pablo Peralta como otros militares ejercieron en la Agrupación Tradicionalista El Ceibo, evidenciaron que para el personal de las Fuerzas Armadas resultaba apetecible la recuperación de la tradición, tanto desde un enfoque literario como desde una experiencia vivida. Sea como fuere, la participación en ambas manifestaciones corroboraba que el criollismo constituyó una herramienta funcional para el ámbito castrense. La posibilidad de interpelar a los suboficiales a partir de un «pasado en común» se resignificó en ese presente –o en esos presentes– siempre «amenazante». Los militares tradicionalistas, disfrazados de gaucho o utilizando su voz, promovieron no sólo el patriotismo tan deseado, sino que también representaron a las Fuerzas Armadas como la institución rectora para la cristalización de ese atributo.

⁶⁹ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 31 de julio de 1938, pp. 34-36.